

El estudiante se estremeció con el contacto de flor de aquella boca.

—Toma—le dijo Eva—, conserva en tu dedo esta «memoria» y acuérdate de mí.

—¡Te llevo en el alma!—exclamó Manuel, y salió de aquella casa donde dejaba el paraíso de sus ilusiones.

Aquellos dos jóvenes tan llenos de amor y de esperanzas, habían caído en la red preparada por el jesuitismo en la fiebre devoradora de la política.

VII

El estudiante salió enteramente feliz de la casa de Rentería; al fin se iba a casar con Eva, nada le importaba el lazo que podían tenderle, sería cuestión de intereses y él se enriquecería en el porvenir.

Dirigióse al hotel, examinó la «memoria» que tenía el suave olor de aquella mujer, la besó cien veces y pensando en Eva, se fué quedando dormido, entre ese vapor de ilusión que envuelve el cerebro de los que aman.

Serían las cuatro de la mañana cuando lo despertó la presencia de sus tres amigos.

—Levántate—gritó «Juan Gallinazo»—; ya pasó lo que dijo Baz en el Congreso, este diablo de Comonfort ha dado al fin «el golpe de Estado», la Brigada Zuloaga está pronunciada en Tacubaya, vámonos para el cuartel, porque aquí nos atrapan dentro de media hora.

—Tomaremos una taza de café—dijo Manuel.

—¡Una taza de plomo derretido!—gritó «Juan Gallinazo»— ¡Estoy que me llevan todos los diablos!

—Volveremos a la lucha—dijo tranquilamente Manuel.

—Y va a ser más sangrienta—agregó Mario.

—Y sin cuartel—dijo Armando.

—¡Estamos en nuestro elemento—exclamó Juan—: balazos, estocadas, combates, derrotas, victorias, peligros y el infierno!... ¡Esta es la vida, la paz me revienta, yo quiero el movimiento; cuando se apague el ardor de la sangre, pensaremos en la «bata» y en las «pantufas»!

Trajeron el café, que los estudiantes apuraron con gusto, porque se habían puesto de Tacubaya a México en treinta minutos.

—Veremos si también la Guardia Nacional se pronuncia.

—¡No lo consentiremos!—gritó Manuel—La Guardia Nacional está con la Constitución.

—Y nosotros enfrente de los devotos—agregó Juan, que era el más entusiasta.

Los estudiantes se dirigieron a su cuartel, donde el regimiento estaba sobre las armas.

Los oficiales estaban indignados todos con la traición de Comonfort y juraban permanecer fieles a su bandera.

La brigada Zuloaga entró en la capital la mañana del 19 de diciembre, y se dirigió a la Ciudadela, cuya fuerza se adhirió al Plan de Tacubaya.

El Estado de Veracruz también secundó el movimiento, pero a los cuatro días, conociendo que la situación iba a caer en manos de los clericales, volvió al orden constitucional.

Los principales prohombres del partido liberal, como Huerta, Parrodi, Arteaga, Doblado, que se hallaban al frente de los Estados, con excepción de San Luis, protestaron desde luego, lo mismo que los Estados del centro y de la frontera, que asumían su soberanía y se preparaban para la lucha.

Comonfort estaba espantado al ver los elementos con que contaba antes de su traición; cuando creía que el país entero era enemigo de la Constitución.

La mañana del 17, fué preso el señor Juárez en el Arzobispado, el Nigromante y cuantos le parecieron sospechosos al Gobierno.

El plan de Tacubaya le fué presentado a Comonfort por una comisión; aquella era una farsa ridícula, porque el mismo Comonfort lo había redactado.

Aceptó la dictadura y cuando se quedó solo con un grupo de amigos, tiró el papel, y dijo con las lágrimas en los ojos, porque ya estaba arrepentido:

«Acabo en este momento de cambiar mis títulos legales de Presidente de la República, por los de un miserable revolucionario.

La opinión pública se desbordó en contra del golpe de Estado, los empleados en masa abandonaban sus puestos.

Guillermo Prieto hizo un escándalo sacando sus muebles del Correo aquella misma mañana.

Yáñez, Cardoso, Riva Palacio, todos se retiraron; nadie quería ser ministro ni consejero.

—Nos están dejando solos—dijo el general Comonfort a su ministro Payno, que había sido el alma de aquel espantoso error.

Efectivamente, el palacio estaba desierto, había un frío en torno de aquel «dictador», que nada dictaba.

Amigos y partidarios, todo lo había perdido en el transcurso de aquella noche funesta.

El resto del ejército de Santa Ana estaba en pie y era el sostén de la revolución clerical.

La Guardia Nacional estaba silenciosa, los jefes esperaban ya el momento de ponerse en contra de Comonfort, y tuvieron la franqueza de decirle que protestaban contra todo lo hecho.

El Congreso se reunió en una casa particular y formuló una protesta, que envió a Comonfort y circuló por toda la nación.

Copiamos dos párrafos de ese documento histórico:

«La República Mexicana acaba de ver consumado el crimen

más escandaloso que se registra en los fastos de su historia. El segundo caudillo de Ayutla, el hombre en quien la nación ha puesto su confianza, depositando en sus manos su presente y su porvenir; el mismo que hace días juró ante el Ser Supremo y ante la nación toda, ser fiel guardián de sus instituciones, ha cambiado de improviso los honrosos títulos de Jefe Constitucional de un pueblo libre, por los menguados de un faccioso vulgar. Renegando de sus antecedentes, traicionando la voluntad nacional y violando su juramento, ha vuelto contra el seno de la patria las armas que le confiara para su salvación y su defensa.

«Ante tan enorme atentado contra los imprescriptibles derechos de la nación, los representantes del pueblo serían indignos de la misión con que éste los honra, si guardasen un cobarde silencio. Reducidos por la fuerza de las bayonetas a la imposibilidad de ejercer su mandato; disuelta de hecho la soberanía nacional; aherrojados en las prisiones como miserables bandidos, el Presidente de la Corte y el del Congreso, y muchos de sus miembros, y otros perseguidos, cumple al deber de los que aun están libres, denunciar a la nación la felonía de que es víctima, y protestar, en su nombre, ante el mundo civilizado, contra la tiranía de la fuerza.»

El Presidente perdió la moral, no volvió a dar disposición alguna, estaba avergonzado delante de la nación.

El oro comenzó a correr con profusión, ya no era posible contener el torrente, la reacción arrollaría a Comonfort.

El Presidente había traicionado al país, los soldados lo traicionarían a su vez.

VIII

La mañana del 11 de enero, a los veinticinco días del «Golpe de Estado», se pronunció la Ciudadela, desconociendo al general Comonfort.

El partido de la Iglesia había tirado la careta y se presentaba en el campo de la lucha.

En el plan se decía que Comonfort no había correspondido a la confianza que en él se había depositado y se nombraba jefe del movimiento al general Zuloaga.

La reacción tomó los puntos de San Agustín y Santo Domingo, con el apoyo de la Ciudadela.

Comonfort reunió a los jefes de la Guardia Nacional, generales Trías, Schaffino, José M.^a Picazo, García Torres, Islas, Miguel López Escartín y otros que tenían mando de fuerza.

Protestó en la junta su arrepentimiento y dijo que quería morir al lado del partido liberal.

Los jefes aceptaron fríamente sus ofertas y le dejaron la dirección.

Las fuerzas liberales tomaron sus puestos y comenzó el fuego que encendía la ciudad.

Aquella lucha no tenía porvenir, los soldados permanentes defeccionaban a todas horas, pasándose al enemigo y dejando en cuadro la defensa.

La Guardia Nacional se batía con denuedo, la reacción tenía un gran empuje, asaltó San Juan de Dios y la Santa Veracruz, donde los liberales lucharon heroicamente hasta el último momento.

Hubo un armisticio de dos días, en que se trató de ajustar una capitulación, que no fué aceptada por Comonfort ni por el partido clerical, y se abrieron con más encarnizamiento las hostilidades.

Entretanto el señor Juárez salió en libertad, el Nigromante se había fugado.

El señor Juárez se despidió de sus amigos en una casa del Portal de Tejada y de allí les aseguró que entraba decidido en la lucha por la libertad, que aceptaba la presidencia con todo el valor de la situación y que marchaba a recoger cuantos elementos encontrara dispersos, porque la reacción estaba triunfante y ya Comonfort enteramente perdido, después de haber perdido a la República.

Entre los oficiales que rodeaban al señor Juárez había un capitán de Zapadores; se llamaba Sóstenes Rocha.

IX

Los edificios más avanzados a la Ciudadela eran la Ex-Acordada y el Hospicio de Pobres, que ocupaba una fuerza liberal al mando de Villagra, y fué el punto señalado para el ataque.

Los estudiantes estaban al frente de sus compañías y afrontarían la jornada.

Los fuegos se habían callado en toda línea y reinaba un silencio sombrío, ese silencio que precede siempre a una catástrofe.

X

Era la noche del 19 de diciembre, en que Manuel estaba citado para verificar su matrimonio.

No pensaba ya en eso el estudiante, sino en combatir.

No creía que la familia de su novia se acordara de un casamiento, cuando el peligro se cernía sobre la ciudad.

Manuel recibió una esquela de la señora Rentería:

«Supongo que no habrá usted olvidado que esta noche debe celebrarse el casamiento de mi hija Eva: todo está preparado y lo esperamos.»

—Si me quito del punto—decía Manuel a Juan y a Mario—, me van a tomar por desertor.

—Yo creo—dijo Juan—que mañana al amanecer será el

ataque; tienes tiempo, si oyes fuego, te vienes en el acto, nosotros te cubriremos el puesto.

Raro, muy raro le parecía aquello a Manuel, pero tenía en la mano la esquila de la señora, y no podía dudar.

—Pues me resuelvo—dijo al fin—; voy a mudarme de ropa y me caso entre el fuego; ésta es una novedad que no debe desperdiciarse.

—Aquí te haremos la salva; descuida, y vuelve pronto.

Manuel se arregló perfectamente; estaba elegantísimo, no pensaba ya más que en Eva.

Púsose el sobretodo y se dirigió a la casa de Rentería.

La sala y los corredores estaban iluminados espléndidamente.

Entró en la sala y saludó a la concurrencia que se componía de los clérigos y varios amigos de la familia, a quienes les parecía extraña aquella decisión de la esposa de Rentería.

Apareció Eva del brazo de Carolina; aquella no era mujer, era una aparición celeste.

Vestía de raso blanco con encajes de malinas; los azahares cubrían elegantemente su pecho y su cabeza, y su busto hermoso se destacaba como una escultura; parecía una ninfa, flotando en aquella atmósfera de nubes y de perfumes.

Carolina también estaba bellísima; iba a ser la madrina.

Manuel era todo un «gentleman» arrogante y apuesto; se le advertía una profunda emoción, estaba intensamente pálido.

Allá, en un rincón, cuchicheaban los clérigos.

—Este es el momento más oportuno.

—Lo ponemos entre la espada y la pared; aquí da el reventón y todo se termina.

—Ya creía este hereje que le íbamos a entregar a una joven tan linda y con una dote de cuatrocientos mil pesos.

—¡Qué barbaridad!

—Me estoy gozando en el escándalo, aunque me da lástima la muchacha: está tan llena de ilusiones.

—Pues que las vaya perdiendo, y el novio está muy guapo.

¡Lástima! ¡Tener un porvenir y despilfarrarlo!

—No sé cómo saldrá de la jornada, porque mañana atacan nuestras fuerzas la Acordada y el Hospicio, y vencen de seguro; ya las tropas de Comonfort no tienen moral, no creen en ese precioso arrepentido, que ha naufragado con su dictadura al cuello.

—Nuestro oro nos cuesta, pero era más el que nos querían robar.

—¡Malditos herejes; los hemos de exterminar!

—No hay cuidado; ya los tenemos cogidos.

Entró el cura, pasó a una pieza inmediata a revestirse y salió con su magnífica capa pluvial, acompañado de sus acólitos.

Eva y Manuel se pararon frente al sacerdote, que cruzó una mirada de inteligencia con los jesuitas.

Carolina se puso a la derecha y la señora de Pantoja a la izquierda.

Aquél era el momento solemne.

Avanzó el sacerdote y dijo con voz sonora y dramática, dirigiéndose a Manuel:

—Como para llegar a los altares del Altísimo, se necesita purificar el alma de las máculas del pasado, y presentar las ofrendas de nuestro arrepentimiento, que abren las fuentes eternas de la salvación; decid, hermano, si os «retractáis del juramento» que hicisteis de sostener los principios heréticos de la Constitución y de esas leyes, escándalo de la Iglesia, y de guardar fidelidad a vuestras banderas.

Manuel se desprendió de la mano de Eva, se echó atrás, sacudió su rubia melena como un león, y dijo con voz atronadora:

—¡No!

—Joven—dijo el sacerdote, dirigiéndose a Eva—, ese hombre no pertenece al gremio de la Iglesia católica, apostólica, romana; vuestro enlace es imposible.

—¡Nunca con un réprobo!—gritó la viuda de Rentería.

Eva cayó desmayada en brazos de Carolina.

Manuel estaba furioso.

—Se me ha llamado aquí para una farsa oprobiosa, se me ha tendido un lazo para estrangularme; sois unos malvados.

Entonces el clérigo, exaltado hasta el último extremo, gritó:

—Sí; hemos querido que esta desgraciada se desengañe por sus ojos, y descubra el abismo al que iba a lanzarse imprudente; ya sabíamos que habíamos de presenciar un sacrilegio, que la herejía había de hacer una ostentación salvaje; id en buena hora, pues ya habéis perdido para siempre vuestras esperanzas.

Manuel, ya en medio de la sala, terrible, siniestro, con las pupilas saliendo de las órbitas, exclamó:

—Adoro a esa mujer, pero no pondré en sus altares los despojos desbaratados de mi honra; no, yo no retractaré mis juramentos en presencia de un amor, aunque me despedace el corazón; no abjuraré de esas banderas que me llaman al combate y que sostengo con mi espada en estos momentos: no abatiré mi frente delante de los enemigos de la libertad y de la patria.

Yo, apóstol de una idea, me levanto sobre la alta trípode del mayor de los infortunios y con la desesperación en el alma y la fiebre en el cerebro, os digo que, en un día no lejano, volverá el imperio del siglo a aplastar vuestras cabezas, que esa Iglesia de cuatro siglos será arrollada por el torrente del progreso, y que vosotros que habéis esclavizado a esta nación infeliz, estáis en la agonía de vuestra grandeza.

¡Este fuego que abrasa los campos y las ciudades, ese humo que entolda el cielo, es el presagio de vuestra ruina!

¡Podéis tener el imperio de un día, sueño que al despertar se convertirá en una pesadilla espantosa; porque ya el tiempo os amortaja, y os sepulta!...

¡Me habéis sacrificado, me habéis propuesto la deserción al frente de mis banderas, me queríais revolcar en el fango para hacerme despreciable a los ojos de la que amo; ella me rechazará como a impío, pero me levantará como hombre honrado!

¡Adiós, Eva, tú sabes si esta escena infame arranca mi nombre de tu pensamiento y mi amor de tu alma!

¡Señora, ruegue usted al cielo que estos hombres no la hundan en la miseria y en la desesperación!...

¡Me voy, el fuego me llama, allí están mi deber y mis juramentos!

Salió Manuel precipitadamente de la casa de Rentería, dejando a todos profundamente impresionados.

Corrió desatentado a la Acordada y contó a sus amigos lo que había pasado.

— ¡Bravo—gritó «Juan Gallinazo»—, has dejado bien puesto el pabellón!

XI

Profundo silencio reinaba en la ciudad al amanecer del día 20.

A las once de la mañana un cañonazo disparado en la Ciudadela, sobre el Hospicio y la Acordada, anunció el principio del combate.

Siguió el fuego de la batería que durante la noche habían colocado los reaccionarios en el Paseo Nuevo.

Se generalizó el combate de artillería y fusilería en toda la línea.

Las fuerzas reaccionarias atacaban las dos posiciones simultáneamente, sosteniendo el fuego de artillería desde la Ciudadela, el Paseo y San Diego, atacando a San Francisco desde una trinchera puesta en la calle de San Juan, así como desde San José, Colegio de las Hermanas de la Caridad y la Concepción, San Agustín y Santo Domingo; se cruzaban sus fuegos y se defendían valientemente las posiciones liberales.

El punto de San Pedro y San Pablo estaba defendido por una fuerza fronteriza al mando de Quiroga.

Allí estaba haciendo fuego con su rifle un joven alto, pálido, cabello negro, anteojos de oro y revestido de una gran serenidad.

Aquel hombre se llamaba «Ignacio Zaragoza».

Comenzaron las horadaciones para el asalto del Hospicio y allí se trabó un terrible combate.

Se oían los barretazos en uno de los muros.

Manuel le dijo a Mario:

— En cuanto caiga la pared, los recibiremos con una descarga.

— Estamos listos—gritó Mario.

— Yo los refuerzo—gritó «Juan Gallinazo», y con las armas preparadas esperaban el desgaje de la pared.

Por fin vino abajo, y al aparecer los asaltantes, recibieron una descarga tan terrible, que los hizo retroceder.

Volvieron a la carga y se lanzaron a la bayoneta.

El empuje fué resistido, pero en la refriega saltó violentamente entre los escombros el coronel Altúnez y rápido como el rayo se arrojó sobre Mario y le atravesó el pecho con la espada.

Manuel descargó su revólver sobre el coronel, que se escapó entre el tumulto.

— ¡Mario! ¡Mario!—gritó Juan.

Mario abrió los ojos, sonrió dulcemente a su amigo, y sus párpados se cerraron para siempre.

Juan se cubrió el rostro con las manos y dió un alarido de dolor.

Manuel sacó en peso el cadáver, lo colocó en una camilla, besó la frente helada de su amigo, y dijo a los camilleros:

— ¡Al hotel!

Continuó encarnizada la pelea; pero los defensores eran pocos y el ataque era terrible.

Después de una hora de lucha, el Hospicio quedó en poder de los reaccionarios.

Al fin, el punto de la Acordada tuvo que rendirse.

Los estudiantes se replegaron a San Francisco.

Los camilleros llevaron el cadáver descubierto, rumbo al hotel.

Al pasar por la casa de la familia Rentería, Carolina que estaba tras de la vidriera viendo un tumulto de pueblo, se fijó en la camilla que accidentalmente se detuvo.

La joven apartó los cabellos de la frente y sus ojos se fijaban en el cadáver.

Mario parecía dormido, intensamente pálido y en los labios impresa la última sonrisa.

Su camisa llena de sangre y sus manos descoloridas sobre el pecho.

Los labios de la joven palpitaban, quería hablar, desgarraba los encajes de su vestido y la mirada siniestramente horrible la pasaba sobre el cuerpo inanimado de su amante.

Siguió la camilla adelante y Carolina no se daba cuenta de aquel espectáculo.

Convencida de aquella verdad fatal, rompió en un sollozo terrible, al que sucedió un torrente de lágrimas.

— Nacimos en día nefasto—dijo Carolina, arrojándose en los brazos de su melliza.

XII

En esa misma noche ya la Guardia Nacional estaba desalentada y sin moral; todos los jefes declaraban insostenible la situación y aplazaban la lucha para seguirla en el resto de la República.

Antes que entregarse al enemigo, se dispersaron ocultando las armas, y ya en las horas avanzadas, los cuarteles estaban vacíos.

Comonfort quiso levantar la moral, acudió a las fortificaciones, todo estaba desierto.

— ¡Esta mañana—dijo—tenía un ejército, ahora no existe un soldado!

Entonces el general Alcerrica conferenció con el enemigo, quien dijo que el general Comonfort podía salir sin cuidado de la capital, con el resto de sus soldados; porque había dos o tres escuadrones por el rumbo de Oriente, que no habían estado en la jornada.

A las ocho de la mañana pasó Comonfort a darle un último adiós a su anciana madre, a depositar el beso eterno sobre aquella veneranda cabeza.

Había inmolado en aras del amor filial a miles de hombres muertos en la lucha de la libertad.

¿Qué sentiría aquella anciana al ver a su hijo perdido y marchando a esconder su existencia a la tierra extranjera, y todo por complacerla?

Cuando los hombres accediendo a una absurda debilidad ponen la marcha de la política a la voluntad desequilibrada de la mujer, se arrojan al camino del error y del idealismo imposible.

Luis XIV inclinado delante de la Montespan, Napoleón III bajo la sujeción de Eugenia y Maximiliano de Hapsburgo atado a la voluntad decisiva de Carlota, nos dan el «cliché» de las catástrofes.

XIII

Atravesó Comonfort, en su caballo, las calles principales; ni una voz, ni una injuria escuchó a su paso.

Aquella inmensa desgracia inspiraba respeto.

En la garita se le unieron unos escuadrones, que a poco andar, gritaron: ¡Viva la religión!, y regresaron a la ciudad.

Entonces aquel hombre corrió como un sonámbulo, atravesó los caminos, trepó las montañas, llegó a las orillas del Océano, donde se tiró a una barca como César y su fortuna, entrando en las brumosas nieblas de su destino.

Ese día, se alzaba en el cielo inmenso de la revolución, el sol de la Reforma.

¡Juárez era el Presidente de la República!

XIV

Entre el estruendo popular, los tropeles de caballos, el redoblar de los tambores y la entrada de las tropas vencedoras, por todas las avenidas principales de la ciudad, convergiendo a la plaza; allá, en el convento de la Concepción, sonaba una campana fúnebre, anunciando que una monja de la comunidad estaba en agonía.

Las niñas rezaban en el coro por aquella alma que iba a desprenderse de la tierra.

La celda de la moribunda estaba llena de monjas, que hablaban en secreto y cubrían con sus pañuelos las sonrisas; porque en el claustro se matan todos los afectos, se extinguen todos los sentimientos.

La abadesa estaba en agonía.

Sólo un corazón doliente y afligido la acompañaba en el trance supremo.

Una joven enlutada, llorosa, teniendo entre sus manos las manos tibias de la abadesa, cuya sangre se iba congelando pausadamente.

Con la cabeza sobre la almohada de la moribunda, empáandola con sus lágrimas.

Dos clérigos, arrodillados frente a una imagen alumbrada por la vela amarillenta de la «Candelaria», que era de rito en aquella hora terrible.

La abadesa hizo señas de que la dejaran.

Todos salieron de la celda a hacer su tertulia con los frailes en el corredor, y la joven quedó sola con la monja.

Era Carolina, a quien la abadesa había hecho llamar.

Luego que estuvieron solas, le dijo:

—Esta es... mi última... voluntad.

Era el testamento en que dejaba a Carolina heredera de sus cuantiosos bienes, y cuyo testamento había hecho en secreto, porque los clérigos creían que lo dejaba todo a la Iglesia.

—Tú has amado a... Mario.

— ¡Sí; con toda el alma!—exclamó Carolina.

La abadesa revolvió en torno su mirada y cuando se convenció igualmente de que nadie podía oírla, dijo a la joven:

—Ese niño era... mi amor... entre la... tierra y... el cielo... ¡Qué pasado... tan... horrible!...

Sus ojos ya vidriados se humedecieron con la última lágrima.

— ¡Ah, sí, sobrino de usted!—murmuró Carolina.

La abadesa hizo un esfuerzo y acercó sus labios cárdenos al oído de la joven y dejó caer una palabra, que quedó en lo más hondo del corazón de Carolina.

— ¡Dios mío!—exclamó Carolina.

La abadesa le puso la mano trémula en los labios.

— Ahora... a... diós.

Ya no volvió a decir una palabra inteligible. Parecía que su mano con las últimas y lentas vibraciones de la existencia, quería apartar algo que estaba delante de sus ojos.

Comenzó una agonía lenta y trabajosa.

Carolina salió gritando, todos entraron a la celda, se arrojaron y comenzó el canto lúgubre del «Credo», al compás de aquella respiración que fué extinguiéndose poco a poco hasta esconderse en la eternidad.

Al día siguiente, después de la ceremonia fúnebre, el cadáver quedó sepultado en las criptas del «coro bajo» de la Concepción, y con él, una de esas historias terribles de los conventos.

XV

Cuando los frailes se enteraron de que los bienes de la abadesa habían pasado a la prometida de Mario, y de que había revocado el testamento, que había hecho dejando de heredero al convento; hicieron un grande escándalo. Dijeron que la abadesa se había condenado y que su alma venía a «penar», pidiendo perdón de aquel pecado.

Comenzaron las consejas en el convento.

La madre tornera aseguraba que había visto a la superiora sentada en la fuente del gran patio y que le hacía señal de que se acercase, y ella había caído desmayada.

Otras monjas juraban que la abadesa se paseaba por las noches en los claustros, con una vela verde en la mano, y que tocaba la campana.

Las novicias estaban aterrorizadas.

Los sacristanes no querían volver la vista al «coro bajo».

—Todo esto pasa—decía un fraile—, por haberle dejado su capital a la novia de un hereje.

—Pero este hereje—contestaba en voz baja otro fraile— era... era... Eso lo sabe mejor el doctor y maestro de los Agustinos.

—Afortunadamente—observó el otro fraile—ya somos dueños de nuestros bienes, se deroga la ley de desamortización; ya los herejes han perdido hasta la fe del bautismo; están en completa derrota y triunfante la religión.

El otro fraile, dándole una palmadita en el hombro, le dijo:

—Reverendo Padre, todavía no hay que cantar victoria. ¡El diablo anda en Cantillana!

XVI

Los estudiantes se reunieron en el hotel. Armando dijo:

—¡Todo se ha perdido!

—¡No todo—gritó el joven suriano—; nos quedan mis montañas; de allí bajó la libertad, allí seguiremos batallando!...

¡Mi corazón y mis brazos quedan abiertos para mis hermanos, adiós!

Aquellos corazones generosos se estrecharon, jurando que se encontrarían en los campos revueltos de la Reforma.

FIN DE LA PARTE PRIMERA